

Alice Walker

**LA TERCERA VIDA
DE GRANGE
COPELAND**

Alice Walker

LA TERCERA VIDA DE GRANGE COPELAND

Traducción del inglés de

Enrique Maldonado Roldán

Nørdicalibros

Título original:
The Third Life of Grange Copeland



© 1970 by Alice Walker. Afterword copyright © 1988 by Alice Walker.

By agreement with the author. All rights reserved.

This edition is published by arrangement with The Joy Harris Literary Agency Inc.
through International Editors & Yáñez Co' S.L.

© De la traducción: **Enrique Maldonado Roldán**

© De esta edición: **Nórdica Libros, S.L.**

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57 · info@nordicalibros.com

Primera edición: octubre de 2026

ISBN: 979-13-88306-27-3

Depósito Legal: M-23262-2026

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos
(Salamanca)



Diseño: **Filo Estudio** y **Nacho Caballero**

Maquetación: **Diego Moreno**

Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra** y **Ana Patrón**

El papel utilizado para la impresión de esta obra procede en su totalidad
de bosques gestionados de acuerdo con criterios internacionales
de sostenibilidad y responsabilidad social.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o
transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mi madre,
que abrió camino donde todo estaba cerrado*

Y para Mel, mi marido

«En muchas ocasiones ha habido cosas que me motivan un deseo intenso de llorar. Mi padre con algunas palabras que me ha dicho me ha dado un sentimiento enorme y he tenido muchas ganas de llorar. Sin embargo, la vida me enseñó a mostrar una máscara; cuando estoy sufriendo por dentro, me estoy riendo. Y para él no sufro, no siento nada, soy un cínico, un sinvergüenza, no tengo alma... por la máscara que le muestro. Pero por dentro yo capto todo lo que él me dice».

Manuel, en *Los hijos de Sánchez*,
de Oscar Lewis

«¡Oh, hombres de mi clan,
lloremos juntos!
¡Venid,
hagamos duelo por la muerte de mi marido,
la muerte de un Príncipe,
la Ceniza producida
por un gran Fuego!
¡Oh, mi hogar está totalmente muerto,
cerrad las puertas
con cuernos de *lacari*,
porque el Príncipe,
el heredero de la silla se ha perdido!
¡Y todos los jóvenes
han perecido en la selva!».

La canción de Lawino,
un lamento de Okot p'Bitek
[en traducción de Eva Torre]

«El gran peligro en el mundo actual —decía Richard a Sartre— es que la sensación misma y el concepto de lo que es un ser humano podría perderse».

Richard Wright a Jean-Paul Sartre,
en *Richard Wright*, de Constance Webb

MALHABLANDO

A propósito de la traducción

Tal vez antes de hacerte con este libro, lectora, habrás visto, años atrás, *El color púrpura*, la película que dirigió Steven Spielberg en 1985. Quizá sepas, en ese caso, que está basada en una novela homónima que obtuvo el Premio Nacional estadounidense y el Pulitzer en 1983. Y tal vez pienses que es la única obra de Alice Walker, un éxito puntual y fugaz. Nada más lejos de la realidad, Alice Walker es una autora prolija. El valor de *El color púrpura* se ha sostenido en el tiempo. En tu librería de barrio encontrarás todavía alguna edición de la novela, pero, salvo por esta excepción, las pocas obras de Walker que se tradujeron en el pasado están ya descatalogadas y fuera del mercado editorial.

Alice Walker es una figura esencial de la literatura estadounidense. Es una figura esencial de la literatura mundial. Y no lo es porque un director afamado lograra un taquillazo adaptando (de manera timorata) una de sus novelas. Lo es porque sus obras han estado siempre adelantadas a su tiempo. Lo es porque, como sucede solo con los grandes artistas, es capaz de ver la realidad mucho tiempo antes de que los demás nos percatemos. Lo es por su valentía y su compromiso. Lo es porque la calidad de su pluma la sitúa a una altura que pocos de sus coetáneos alcanzan. Lo es por su capacidad para elaborar con sus palabras personajes tan complejos como las personas de carne y hueso. Lo es porque su obra sigue siendo modernísima décadas después de su publicación.

La tercera vida de Grange Copeland es la primera novela de Alice Walker. Fue publicada en 1970 y está ambientada en la Georgia natal de la escritora. No lo hemos dicho antes, y tal vez no sea necesario, pero aclaremoslo: Alice Walker es una escritora afroestadounidense. Seamos todavía más claros: en 1970 una joven escritora negra estadounidense publicó su primera novela. No ha dejado de reimprimirse en inglés. Hay ediciones en portugués, en italiano, en neerlandés..., en español hemos tenido que esperar más de cincuenta y cinco años.

Alice Walker es una firme luchadora por los derechos humanos y, cómo no, por los derechos de la comunidad afroestadounidense. En *La tercera vida de Grange Copeland* nos sumerge en el régimen de aparcería que sustituyó al esclavismo en Estados Unidos y se prolongó hasta el siglo xx. La tierra, en pocas manos, se cedía a las familias, que la trabajaban y pagaban por ella a los propietarios con el fruto de su sudor. Mientras ese fruto llegaba, la supervivencia exigía el endeudamiento con los propietarios, en cuyas manos estaba fijar el precio tanto de los bienes que facilitaban a los aparceros, como el de la cosecha. El negocio era perfecto. Las deudas, infinitas.

Y sin embargo en esta tierra construye Alice Walker la esperanza. La tercera vida de Grange Copeland hunde sus raíces (sus dos vidas anteriores) en la desesperación, pero aspira a que unas ramas fuertes acojan primero y más tarde liberen la semilla de un futuro mejor.

Pero a ti qué mosca ta picao

Tal vez antes de hacerte con este libro, lectora, habrás visto, años atrás, *El color púrpura*, la película que dirigió Steven Spielberg en 1985. Tal vez ya la hayas olvidado, pero en el doblaje que se hizo en España, los personajes negros tienen un habla peculiar.

Sucede —nunca está de más recordarlo— que la población afroestadounidense no llegó por voluntad propia al Nuevo Mundo. Resulta —qué cosas— que hablaban sus propias lenguas y ninguna de ellas era el inglés. Entiéndase —no supone un gran esfuerzo de la imaginación— que la lengua aprendida a latigazos en un contexto animal de producción (son animales quienes consideran animales a sus semejantes) tiene, necesariamente, que ser otra. Parece ser —oh, sorpresa— que todas las comunidades establecen un centro lingüístico «correcto» y una periferia «incorrecta», una norma «cult» y una desviación «inculta», un nosotros «bien hablado» y un ellos «malhablado». Mírese —si no es mucho pedir— el ombligo, no vaya a ser que también usted lleve la pelusa del racismo, del clasismo o de la aporofobia bien enraizada en su cuerpo.

La lengua que hablan los personajes negros de la película en su versión original, esa lengua incorrecta, inculta, malhablada, es la que se conoce como inglés afroestadounidense o inglés negro (la academia anglosajona tiende a utilizar de un tiempo a esta parte el término *vernacular*, que en español, nuestro *vernáculo*, significa —ajá—: *esclavo nacido en la casa de su amo*). El inglés afroestadounidense es un continuo, es decir, no es un habla estática, sino que varía a lo largo de las líneas que traza no solo la geografía, sino también el tiempo, el nivel educativo y el contexto socioeconómico. En un extremo podemos situar el inglés que —simplificando mucho— llamaremos estándar, y en el contrario, las hablas más sureñas, de las generaciones más mayores, con un nivel educativo más bajo y

en un contexto más pobre. La realidad del inglés afroestadounidense es lo que sucede entre estos dos polos.

Traducir estas hablas no es sencillo en absoluto. Muchas son las posibilidades de ir perdiendo extremidades en un campo tan minado como este. *A priori*, se plantean dos opciones: intentar trasladarlas o no. El doblaje de *El color púrpura* se propuso trasladarlas. Desconocemos quién decidió cómo se trasladarían: productora, traductores, directores de doblaje... Tampoco importa. Sí que importa lo que su doblaje muestra —de los personajes, de los espectadores y del contexto cultural de 1985—.

En aquel momento se decidió que los personajes negros se expresarían con pérdida de la *d* intervocálica en *-ado* e *-ido*; con los apócope *to*, *na* y *pa* para *todo*, *nada* y *para*; con la fusión de vocales en palabras contiguas; con usos léxicos concretos... No es necesario seguir, un par de ejemplos serán más gráficos: «Tamos aviaos»; «Pero a ti que ta picao, hace una hora que tando llamando».

¿Te suena? Sucedió algo parecido en *Lo que el viento se llevó* —en ambos casos estamos hablando de su doblaje en España, en América Latina la sensibilidad era y es otra—: «¡Eñorita Ehcal-lata, eñorita Ehcal-lata!». Es curioso, pero los hablantes de estas variedades del español reflejadas en el doblaje saben también lo que es la aparcería (aunque tal vez la llamen medianería o peonaje; servidumbre, en todo caso) y dominan asimismo el continuo lingüístico que va de las noticias del telediario a los cuentos de la abuela, esa línea en la que se tambalean nuestra identidad y nuestra confianza en forzados ejercicios de ventriloquia —todo aliñado, eso sí, por la gracia y el salero de quien solo tiene que abrir la boca para resultar cómico—.

La segunda opción cuando se trata de traducir un habla, en este caso la de la población afroestadounidense, tiene más que ver con el telediario. La neutralización y la adopción

de la lengua normativa —o centralista, o señorial, o bien dicha, elija usted su denominación— evita seguir rejoneando a un grupo tan numeroso de hablantes. Es la elegida, con razones de mucho peso, en la mayoría de las traducciones actuales (por ejemplo, en la última versión cinematográfica de *El color púrpura*). En muchos casos puede ser la única opción viable.

Sin embargo, Alice Walker y tantas otras escritoras decidieron que la identidad lingüística era fundamental en sus novelas. Y optaron por no utilizar una lengua estándar para sus personajes. Consideraron que su forma de expresión era digna de aparecer en el papel. Traducir el inglés afroestadounidense con el estándar centralista del español puede suponer, de este modo, blanquear —nunca mejor dicho— un texto negro en esencia, diverso, periférico, orgullosamente malhablado. En el caso de *La tercera vida de Grange Copeland* (en breve lo verán, ya pronto se confundirá con el horizonte este locuaz traductor) no solo supondría blanquear la novela, también amputarla, dejarla coja.

¿Y no será que hay libros intraducibles —y que por eso la obra de Alice Walker no estaba en nuestras librerías, nada que ver con su condición de mujer, negra, activista, propalestina...—? Creer que hay libros intraducibles es condenar al olvido precisamente las obras más alejadas de la norma, las comunidades menos representadas en la cultura mayoritaria, a las escritoras que tienen que contarnos lo que no sabemos. Creer que hay libros intraducibles es creer que hay cosas que es mejor no enseñar (ya verán, cuando todo lo traduzcan las máquinas, qué rápido se impone el concepto de lo intraducible, con el significado fascista de lo que desaprueba el poder). Creer que hay libros intraducibles es creer en la superioridad de la raza.

Dicho lo dicho, y tantas décadas después de su publicación original, estamos seguros de que un poco de valentía lingüística tampoco va a ofender a nadie. Y es que la presente

traducción parte de la admiración por la obra de Alice Walker, del respeto a las hablas particulares de todas las lenguas, del convencimiento de que la literatura, como la vida, solo crece cuando se amplían los márgenes, cuando dejamos que las periferias ensanchen el ámbito de lo posible; esta traducción parte, finalmente, de la certeza de que las lectoras —y los lectores, aunque sean muchos menos— no quieren que les cuenten siempre el mismo cuento.

En las siguientes páginas, en los diálogos, no encontrarás la caricatura de los malhablantes, aunque algún rasgo compartan. Pero tampoco encontrarás la lengua normativa. Muchas de las características del habla traducida de Grange, de Brownfield o de Ruth Copeland aspiran a reflejar las peculiaridades del inglés afroestadounidense, entre ellas, las dobles negaciones, las metátesis y elisiones consonánticas y los tiempos verbales del pasado no normativos. Encontrarás también usos léxicos particulares y una adaptación ortográfica con la que trasladar las desviaciones fonéticas de la norma. Algún caso de hipercorrección verás. Y también una creatividad propia de todas las hablas conscientes de que mientras no te comprenda tu propietario, tu *señor*, tu gramático..., podrás protegerte —y burlarte— de él.

Este libro pretende, desde la admiración y el respeto, dotar de voz propia a una comunidad. No es su voz original, que solo encontrarás en sus hablantes —recuerda, esto es una traducción, un artificio—. Si termina resultándote verosímil hasta el punto de olvidarte de todo esto que te contamos, nuestro esfuerzo habrá merecido la pena. Cabe también la posibilidad de que el ojo que nos mira considere que toda variación es un desvío, que todo incumplimiento merece condena, que todo lo que no sea el centro del ombligo patrio es insignificante periferia; si nos acusan de malhablados, qué le vamos a hacer: que cada cual se responsabilice de la paja en el ojo propio.

Hay cosas, no obstante, que la lengua por sí sola no puede transmitir. Tanto el odio que profundiza sus raíces generación tras generación, como el miedo de quien nació en la tradición de no mirar a los ojos a sus dueños —el pavor a terminar linchado solo por mirar a una mujer blanca—, pero también la esperanza que, tozuda, brota de la tierra más yerma, no se comprenden sin las artes, sin la verdadera literatura, que es aquella que nos permite profundizar en la esencia humana, que nos ayuda a proseguir en el sisífico esfuerzo de obedecer al oráculo y conocernos a nosotras mismas.

Discúlpanos, querida Alice, tarde llegamos.

Con atrevimiento y cariño,

ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN,
agosto de 2026

PRIMERA PARTE

Brownfield se quedó junto a su madre en el patio, sin despegar los ojos de la parte trasera del automóvil que se alejaba. Su tío Silas frenó cuando se acercó al lugar en el que una roca puntiaguda sobresalía en el camino: una semana antes había roto el cárter en ese mismo sitio. Una vez superado ese punto, que había maldecido cada vez que pasaba para entrar y salir durante el fin de semana, sacó el brazo y se despidió de ellos con una mano airosa. Brownfield se despidió con tristeza, con los ojos nublados por las lágrimas. Su tía Marilyn, a la que no podía ver desde atrás, ondeó un delicado pañuelo azul por la ventanilla delantera. Aleteó alegremente como un banderín. Los primos de Brownfield tenían la cara apretada contra el cristal trasero, y sus manos delicadas, difíciles de ver, se movían de forma monótona arriba y abajo. Estaban cansados de despedirse, llevaban gesticulando el adiós desde que habían terminado de desayunar.

El automóvil era un Buick de 1920 nuevo, largo, alto y de un verde brillante, con grandes faros delanteros, saltones como los ojos de una rana. Dentro del coche todo era azul, con asientos peluditos y suaves. Unas finas manijas plateadas abrían las puertas y hacían subir y bajar unas ventanillas sorprendentemente transparentes. En su avance a saltos por el camino, las ramas bajas de un olmo arañaron la capota de lona. A Brownfield le avergonzaba el estado del camino y el daño que suponía

para el coche de su tío. El tío Silas estaba encantado con aquella máquina y había pasado toda la mañana lavándola, puliendo los radios de las ruedas y quitando el polvo al estribo. El automóvil rebotaba en ese momento en los socavones y los baches del camino, lanzando al tío Silas, a su mujer y a sus hijos al aire y haciéndolos caer de nuevo con un golpe. Brownfield suspiraba con cada golpe del metal contra la roca que alcanzaba sus oídos. El camino solo era para mulos, carros y pies descalzos.

—Con un carro sería más fácil —dijo su padre.

—Pero ni de cerca no sería tan grandioso —respondió su madre, que miraba el coche sin envidia pero con deseo.

Brownfield siguió con la vista clavada el automóvil hasta que torció en una curva y finalmente lo perdieron de vista. Luego se quedó contemplando la última mota de polvo caer al suelo. Ya echaba de menos a sus primos, a pesar de que lo habían hecho sentir estúpido por no haber visto nunca una película ni tampoco las casas apiladas unas encima de otras hasta que casi alcanzaban el cielo. Se habían quedado una semana y en un solo día superaron la impresión inicial que les causaron los limitados conocimientos del trabajo en el campo que tenía su primo. Les enseñó a ordeñar a la vaca, a alimentar a los cerdos, a encontrar los huevos de las gallinas..., pero al día siguiente lo bombardearon con conversaciones sobre automóviles y farolas y aceras pavimentadas y la recogida de la basura y sobre algo en lo que se habían montado una vez en unos grandes almacenes y que subía y subía de una planta a la siguiente sin que nadie tuviera que dar un paso. A Brownfield lo había deslumbrado toda esta información, que había terminado por abrumarlo. Se mofaban de él porque vivía en el campo y nunca veía nada ni iba a ninguna parte. Le dijeron que su padre trabajaba para un blancucho y que ese blancucho era el dueño de su padre. Le dijeron que el tío Silas se había marchado a Filadelfia para ser su propio jefe. Le dijeron que su madre quería dejar a su padre y marcharse al Norte,

a Filadelfia, con ellos. Aseguraban que su madre quería que Brownfield fuera a la escuela y que estaba cansada de su padre y quería dejarlo de todos modos. Todo esto y mucho más le dijeron sus primos a Brownfield. Lo desconcertaban, lo alteraban y lo herían. Y sin embargo, los echaba de menos: eran de un mundo que nunca había visto. Ahora que se habían marchado, se sentía como solía sentirse en invierno, únicamente en invierno, nunca en junio: como si estuviera esperando a que pasara algo que requeriría mucho mucho tiempo para suceder.

—Ojalá viviéramos en Filidelfia —dijo.

—Bueno, pues no.

La respuesta fue de su padre.

Brownfield miró sorprendido a Grange. Su padre casi nunca le dirigía la palabra, a menos que tuvieran compañía. Y cuando era así, se comportaba como si hablar con su hijo fuera una carga, una obligación molesta.

—Al tío Silas le gustaba de su automóvil —dijo Brownfield con unos labios que titubeaban frente al mundo.

Era el mundo de su tío, un mundo urbano. En el campo siempre decían «coche». Alguna gente todavía los llamaba carros, como si no lograran acostumbrarse a un medio de transporte que no utilizara caballos.

—¡Ojalá tuviéramos un automóvil así!

—Bueno, pues no.

—No, no le tenemos —dijo Margaret.

Brownfield frunció el ceño. Su madre se mostraba de acuerdo con su padre siempre que era posible. Y aunque solo tenía diez años, era algo en lo que Brownfield pensaba. Consideraba que su madre era, en cierta medida, como el perro de la familia. No tenía nada que decir que no mostrara al menos ligeramente su sometimiento a su padre.

—Tenemos questar agradecidos que tenemos un techo encima de la cabeza y tres comidas al día.

En realidad lo más habitual era una comida al día. Margaret sonrió a Brownfield, una de sus poco habituales y repentinas sonrisas que encendían ese rostro suave y con forma de corazón. La piel de su madre era de un pardo vivo, con un brillo rojizo y cremoso. Sus dientes eran pequeños y regulares y su aliento siempre era dulce, con una limpieza de leche. Brownfield había heredado las manos de ella: largas y finas manos aristocráticas con dedos hechos para lucir joyas. Aunque su madre no tenía siquiera anillo de casada.

Brownfield prestó atención al silencio tan familiar que lo rodeaba. Su casa se encontraba en el extremo del prolongado y accidentado camino que tantos problemas había causado al coche de su tío. Este camino parecía ser poco más que una vereda desde el momento en que se separaba de la carretera principal, que era de tierra finamente apisonada. El encargado de arreglar los caminos, un hombre con una gran máquina amarilla, como un tanque, nunca alisaba su camino, y por eso era tan accidentado y se llenaba de charcos cuando llovía. La casa estaba en un claro y en el extremo del claro estaba el bosque. Un bosque lleno de animales y de pájaros. Pero no eran grandes animales ni pájaros ruidosos, y los días pasaban a veces sin un solo ruido, y el cielo parecía una bufanda redonda y azul hecha de lana que ahogaba todo sonido.

Brownfield había nacido allí, en las vastas llanuras algodóneras del sur de Georgia, y había sido consciente, primero, del agobiante calor del verano, y más tarde de los largos periodos de silencio ininterrumpido. Cuando era muy pequeño se dedicaba a gatear a solas por el claro, cazando serpientes y lagartos, soportando imperturbable los cortes y los moratones hasta que su madre regresaba a casa por la noche.

Su madre se despedía de él todas las mañanas con un apresurado abrazo y un chupete hecho con tela que llenaba de azúcar, el cual Brownfield chupaba con tiempo lluvioso y

con tiempo seco, con el claro lleno de polvo o de barro, hasta que ella regresaba. Su madre trabajaba todo el día preparando cebo a cambio de una paga diaria en metálico. Sus piernas estaban siempre limpias cuando salía de casa y siempre cubiertas de barro y baba de los gusanos cuando volvía. El cebo que «preparaba» se enlataba y se vendía en la ciudad a los caballeros que iban a pescar por mera diversión. La mujer se había llevado a Brownfield a la fábrica cuando era un bebé, pero siempre estaba estorbando, y los montones de gusanos en movimiento, que en primer lugar se arrojaban sobre una larga mesa para su selección, lo aterrorizaban. Parecían parte de la mesa, hasta que un día su madre lo dejó sentado cerca de los gusanos y el pequeño dio una vuelta tras otra y acabó cubierto de gusanos. Había tenido la sensación de que los gusanos se retorcían con un movimiento ciego y absolutamente horripilante. Había gritado y gritado. A su madre le ordenaron que lo sacara de allí de inmediato y que jamás lo volviera a llevar.

Al principio lo dejaba en casa en una cesta, con el chupete de tela lleno de azúcar apretado contra la cara. Lo chupaba todo el día hasta que no era más que un trapo sin sabor. Más adelante, cuando ya podía andar, Margaret se despedía de él en los escalones del porche. Pasaba ratos sentado sin hacer nada, compartiendo los escalones con su perro, enjuto y sarnoso. Y al igual que las moscas zumbaban alrededor del bigotudo hocico del perro, también zumbaban alrededor de su cara. No había nadie para espantarlas ni para cambiarle el trapo sucio que las atraía, y que el niño llevaba, manchado de marrón y húmedo, aferrado a la hinchada tripa. Pasaba horas sumido en un estupor de aburrimiento y debilidad. El hambre lo hacía moverse aturdido, con un brillo antinatural en los ojos de pesados párpados.

Con cuatro años estaba cubierto de llagas. Tenía la cabeza llena de eccemas, con claros en el pelo del tamaño de monedas grandes. Las piernas, hasta las rodillas, las tenía

plagadas de llagas causadas por las tomateras (cuando los tomates del huerto de su madre estaban maduros, no comía otra cosa que tomates en todo el día) y de los forúnculos que le estallaban en las axilas corría el pus. Su madre le lavaba las llagas con vitriolo azul diluido. Y de pronto, de los días sentado y rascándose la costra de las llagas brotó una sucesión de trabajos a una velocidad letárgica de los que tenía que ocuparse. Alimentaba a los cerdos, entraba en casa la leña para el fogón y guiaba a la vaca por todo el claro buscando hierba fresca. Con seis años su madre le enseñó a alimentar y a ordeñar a la vaca. Se encariñó entonces de la lenta y calmada paciencia del animal, y le encantaba atrapar su rica leche en una cubeta de hojalata que originalmente contuvo sirope y bebérsela caliente y goteándole por la barbilla.

Su padre trabajaba: plantaba, cortaba, curaba y cosechaba el algodonal, que se extendía algo menos de un kilómetro a lo largo de la carretera principal. Brownfield trabajaba allí también, desde hacía cuatro años (empezó con seis), en compañía de otros niños que también trabajaban. Su padre laboraba con hombres y mujeres en otra sección del algodonal. También el algodonal estaba por lo general en silencio. Los niños andaban demasiado cansados para jugar y, además, se les animaba a no jugar, pues estaban rodeados de algodón. Los adultos charlaban en voz baja, intermitentemente, como el murmullo esporádico de las avispas. El zumbido de sus conversaciones se convertía en parte del silencio, pues nada de lo que decían llegaba con claridad a través del campo al lugar donde laboraban los niños.

Al final del día todos los trabajadores paraban. Había cerca de veinte adultos y cada uno tenía varios hijos que se esforzaban en la sección infantil del algodonal. La tarea de los niños era repasar las hileras en las que sus padres habían trabajado la semana previa («raspar algodón» lo llamaban). Cuando los niños veían a sus padres soltar los sacos, se acercaban y

se plantaban a su lado, en el extremo de la explotación, donde todos esperaban a que llegara el camión. Brownfield aguardaba al camión pegado a su padre, que nunca lo miraba ni reconocía su presencia en modo alguno, salvo para subir su saco de algodón a la parte trasera del camión. Brownfield tenía miedo al silencio de su padre, y su miedo alcanzaba su cenit cuando llegaba el camión. Y es que cuando el camión aparecía, la cara de su padre se helaba para conformar una máscara anodina antinatural, algo curioso y perturbador que ver. Era como si se convirtiera en piedra o en un robot. Una quietud lúgubre se asentaba en sus ojos y se transformaba en un objeto, en nadie, en algo que se movía con tensas sacudidas, si es que llegaba a moverse. Mientras el camión estaba con la parte trasera metida en el campo, los trabajadores contenían el aliento. Una familia de cinco o seis trabajadores pensaba incómoda si lograrían entre todos llevar a casa un dólar completo. Algunos de los trabajadores se reían y bromeaban con el hombre que conducía el camión, pero le miraban los zapatos, las perneras o las manos, nunca lo miraban a los ojos, y sus miradas eran una combinación de ligeras sonrisas pícaras y una desesperación cobarde y avergonzada.

El padre de Brownfield no tenía sonrisa alguna que compartir. Simplemente se quedaba helado; sus movimientos, cuando tenía que moverse para subir los sacos al camión, eran rígidos como los de una máquina. Al principio Brownfield pensaba que su padre se quedaba petrificado por el propio camión, que era grande, ruidoso y de un gris frío, militar. Sus voluminosas ruedas aplastaban los tallos de algodón y abrían grandes surcos en el barro suave del campo. Pero después de observar a lo largo de varias semanas cómo cargaban el camión, Brownfield entendió que era el hombre que lo conducía el que hacía que su padre se pusiera una máscara aún más impenetrable que su habitual silencio. Brownfield miró atentamente al hombre y descubrió algo alarmante: era un

hombre, pero por completo diferente a su padre. Cuando se percató de la diferencia de olores, de sonidos, de movimientos y de risas, además de la diferencia de color, pensó cómo era posible que no lo hubiera visto antes. Pero cuando era pequeño todos los hombres parecían fundirse en uno solo. Eran exactamente iguales, todos tenían el mismo olor, la misma sensación de dureza musculada cuando lo sostenían contra sus cuerpos, la misma indiferencia por lo pequeño. Se enorgullecían solo de su gran tamaño cuando reían y abrían sus cavernosas bocas, cuando caminaban con sus largas y temibles zancadas o cuando se agachaban desde su gran altura y lo sacudían de aquí para allá en sus brazos. La reacción inmediata y espantada de Brownfield ante el hombre que petrificaba a su padre provenía de que tenía el pelo suave y pardusco de un animal. Consideraba que este descubrimiento era la clave de la distancia gélida que establecía su padre con el hombre, y Brownfield adquirió un nerviosismo frío en su presencia.

Una vez el hombre le tocó la mano con el mango de su bastón, no con violencia, y le dijo, con olor a menta en el aliento:

—Tú eres el chico de Grange Copeland, ¿o qué?

Y Brownfield, mordiéndose los labios y retrocediendo ante la enorme montaña de pelo negro y cano que se enredaba en la parte superior del pecho y en el cuello del hombre, había respondido:

—Ajá.

Mientras miraba aquel pelo, uno de los trabajadores (no su padre, que actuaba, a su lado, como si ni supiera que su hijo estaba allí) le dijo con suavidad:

—Al señor Shipley le dices: «Siseñior».

Y Brownfield levantó la vista antes de decir nada y estudió la cara de su padre. La máscara estaba tan firme e inmóvil como si se hubiera cubierto de cera. En ese momento Brownfield olió por primera vez la mezcla de sudor, miedo